

najes de *Caja Negra* –primera novela de Álvaro Bisama– algo de fantasmagórico tienen, porque justo cuando logramos dibujar sus personalidades el autor los hace desaparecer. No es, necesariamente, un defecto; es una opción de Bisama, un gesto coherente y provocador: justo cuando le hemos tomado el gusto a la familia Mori (en especial a los gemelos y sus películas clase B), o al escritor albino, o a los amigos delirantes dedicados al comic, o a la tensa relación entre un joven *glam* y su padre (un profesor universitario que siempre ha creído que su hijo es –o por lo menos se viste como– una marica), justo ahí, en ese momento, Bisama los agarra del pelo, de su fino pelo de personajes, y los regresa a la *Caja negra*. Parecen fantasmas en un laberinto de historias, historias que quedan en la punta de la lengua, sinopsis de imágenes, episodios fugaces, capítulos tan cortos que pronto los perdemos de vista. Esos seres algo borrosos (con narices a medio hacer, con manos de cuatro dedos), contruidos a partir de la tristeza y la rareza, protagonizan historias que vale la pena recordar. Bisama decide esfumarlos y al lector no le queda más que aceptar esa ausencia.

La novela abunda en juegos textuales, referencias al cine, a la música, a la literatura, y se sustenta en su ambigüedad genérica, en su aire a muñeca rusa, a puzzle, a pastiche (y un largo y algo predecible etcétera). El texto aparece como un laboratorio de recursos narrativos, un despliegue de fuegos artificiales o –para estar en sintonía– de efectos especiales. Todos estos riesgos literarios siempre se agradecen, y aunque las virtudes, por momentos, se aproximan demasiado a los defectos, es ésta una novela que busca desafiar nuestra forma de leer.

b) **Polvo blanco:** Tenemos a Tamara, una mujer separada de 37 años que vive con sus dos hijos, trabaja en un banco y tiene un pololo con el que mantiene una relación más bien fría. Y tenemos a Mateo, un joven de 23 años que prepara su examen de grado de Derecho, encerrado, lateado de tantos códigos y leyes, en pleno verano, es decir, tremendamente caliente. ¿Qué pasa si a estos personajes se los lleva de paseo a un motel y comienzan a ser amantes? Deberían tirar todo el día: Tamara como potranca arriba de Mateo desplegando su experimentado repertorio, Mateo derrochando toqueteos, saliva y otras formas de humedad.

Pero no: en *Examen de grado* –primera novela de Ernesto Ayala– esto no pasa, o por lo menos pasa a otro nivel: uno más discreto o empaquetado. La relación entre ambos personajes está más cercana a la de

unos pololos cariñosos que a la de unos amantes ganosos. Si lo central de la historia son los encuentros entre Mateo y Tamara, los detalles no pueden dejarse de lado. Menos si lo que hay es “pura química”, como nos dice ella. Ayala nos apaga la luz antes de tiempo. En pocas líneas –muy correctas– despacha un polvo más blanco que la leche: ni siquiera alcanzamos a ponernos cómodos cuando ya se acabó. Lo mejor son las intervenciones de Max Izquierdo, amigo periodista de Mateo, que liberan algo de esa energía contenida: los retratos de la ciudad y el delirante discurso sobre la influencia de las viejas en nuestro país le dan al relato un poco de movimiento. Ayala nos habla desde un lugar cómodo y seguro: mientras una mano logra soltura discursiva, la otra sigue demasiado apretada. Mateo es un mateo. Y Ayala también.

c) **A la limón:** ¿Qué tenemos en común entre estos escritores chilenos? A primera vista nada, fuera de ser ambas primeras novelas, publicadas por el mismo sello editorial, que ocupan como escenario un Santiago en plena transición. Y a segunda vista tampoco: no es fácil encontrar dos escritores jóvenes tan disímiles. Los excesos de Álvaro Bisama no son palos de ciego, más bien son golpes calculados a favor del desorden y, probablemente, contra una literatura de ideas estrechas, “realista”. Ante el afán polémico de Bisama uno se pregunta si vale la pena construir, de nuevo, la vieja pelea entre los antiguos y los modernos (o entre los modernos y los post-modernos, o entre los post-modernos y los post-post-modernos). En fin: el autor decidió dar doscientas páginas a un proyecto que merecía mil. Ayala, por su parte, no se rebela ni se revela: pasa. Sería interesante que Mateo y Tamara leyeran la novela de Bisama o, mucho mejor, que convivieran con los personajes de *Caja negra*: que vieran una película de los hermanos Mori, esa del vampiro pornográfico, por ejemplo, o mejor aún, que participaran como actores en sesiones de latigazos y esposas.®

## Un consumado pesimista

Por Kurt Folch

*Etc.* Claudio Giaconi. Santiago, Libros La Calabaza del Diablo, 2006.

Casi dos décadas después de *El derrumbe de Occidente* (1985), Claudio Giaconi presenta *Etc.*, su segundo volumen de poemas.

Giaconi es, para muchos, uno de los más importantes escritores chilenos contemporáneos, en espe-

cial por los cuentos de *La difícil juventud* (1954) y *Un hombre en la trampa* (1960), su célebre ensayo sobre Gogol. Pero además Giaconi carga con el aura (tal como le sucedió a Teillier) de ser un escritor *outsider*, marginal y marginado; un tipo que ha construido su obra con absoluta independencia y que es portador de esa dignidad que parece brotar de los verdaderos solitarios.

En este nuevo libro tanto su calidad literaria como el fondo concreto que nutre aquella soledad se ven confirmados. *El derrumbe de Occidente* muestra a un descendiente de Parra (por el uso del verso suelto y el absurdo cotidiano) que con crudeza y autoironía se sitúa casi impávido —como un consumado pesimista— frente a un mundo que se viene abajo sin remedio. En *Etc.* esta perspectiva se mantiene, aunque la variedad de recursos formales se reduce y los poemas se despliegan sin mayores caprichos sobre la página. La lírica de Giaconi va hilando observaciones siempre relacionadas con la extrañeza de la vida, que suele aparecer contaminada de fastidio. Prevalece, sin embargo, la vitalidad de un pensamiento que es capaz de encontrar en medio del fastidio (en el fastidio mismo tal vez) los elementos que van uniendo y concentrando su discurso. El primer poema, “Ars poética”, da la pauta: “Por piedad/ no me poeman nada./ Por piedad/ no me cuenten cuentos/ que no me cuentan nada./ Por piedad/ no me ensayen ensayos/ que no me ensayan nada”. Hay aquí plasticidad verbal, humor y un “basta ya” de todo eso que desde el exterior apremia única y exclusivamente como interrupción, ruido, interferencia; cansancio de ir y volver de lo innecesario a lo innecesario, que es en lo que parece estar convertida la rutina del hoy por hoy.

Giaconi es un poeta duro y también refinado, de amplia cultura, de observaciones sutiles, de profunda sensibilidad e inteligencia, todo mediado, claro, por un espíritu escéptico y anárquico: “Resígnate si la rueda ahora rueda sin ti, ¡pobre Yorick!/ Burla burlando la ruca insaciable te apuró el cáliz/ que sacie tu apetito aunque sea para lubricar la rueda”. O en “Rosa vespertina”: “La rosa de la tarde te llaman, o rosa vespertina/ Florecilla tan minúscula que nadie se percató de ti/ por los bordes del sendero mueres una vez más/ demasiado pronto vives la muerte de tu vida fugaz/ en dos o tres horas te precipitas a tu muerte veloz/ al ponerse el sol pero qué cola deja tras de ti”. En cada poema aparece el telón de fondo de un presente absurdo y bastante menos glamoroso de lo que se tiende a pensar (o de lo que

se tiende a desear): “Un muchacho muerto fue desenterrado vivo/ el lunes bajo 36 metros de mierda./ Que la alopecia no te haga olvidar tu halitosis”, dice en “Cavatina para una Ópera de Eric Satie”.

*Etc.* es poesía destilada con inteligencia a través de imágenes muy precisas, para ir extrayendo conclusiones amargas y casi siempre dirigidas a sí mismo: “El instinto depredador de la gata sabe que raramente logrará atrapar/ al bípedo volador que será siempre más veloz que ella. Comparto su/ frustración. ¡Yo, Homo sapiens!”. La sabiduría proviene de un saludable sentido común, tal como se deja ver en versos como éstos: “No sólo de pan vive el hombre/ no, pero de poesía tampoco”. Se trata en definitiva de un libro que se agradece tener la oportunidad de leer y releer; es breve, poderoso y sin puntos bajos.

Mención aparte merecen las fotografías que incluye el volumen: Giaconi en blanco y negro, en algún árido paisaje costero, flaco, venoso, de lentes oscuros, fumando, mirando, con media camisa fuera, o sentado al sol sobre el escalón de alguna cabaña. Son fotos simples y bellas de este sobreviviente a la soledad y al roce de la muerte.®

## Elogio de la infidelidad

Por Cristián Gómez O.

*Borges y la traducción.* Sergio Waisman. Adriana Hidalgo editora, Buenos Aires, 2005.

Borges nunca precisó ni se detuvo a delinear una teoría propia de la traducción. Lo que hace Sergio Waisman en este libro lúcido, incisivo y al mismo tiempo de una enorme claridad expositiva, es reunir los trazos de teoría que el autor argentino desperdigó en distintos escritos. Para ello Waisman (doctor en Berkeley y profesor de literatura latinoamericana en la George Washington University) se vale de un cúmulo de teorías en torno a la traducción —desde las que profesan un apego casi religioso al original y sus inalterables virtudes, hasta otras que entienden el texto original y el traducido como pertenecientes a una misma categoría—, las que compara con lo que Borges concluyera sobre el tema, atendiendo, en especial, a la calidad de estas ideas como resorte creativo. He aquí una de las primeras pistas a seguir en este libro: reputar la actividad del traductor como la de un creador, un escritor con rango propio enfrentado a dilemas semejantes a los de cualquier otro escritor.

Waisman nunca pierde de vista la necesidad de